—Hay gente que se va al otro mundo dejándonos con la palabra en la boca, como Sinda. No estaba enferma, que se supiera.

—Es lo que tiene la muerte, nos lleva sin pedir permiso, Loliña.

—No somos nada…

—Somos más de lo que hay dentro de ese cajón, prima. Te lo digo yo que algo sé de esas cuestiones. Aunque,zznç

7 a decir verdad, hoy día los muertos ya no se hablan tanto con los vivos. Se ha perdido mucha comunicación con el otro mundo.

—¿Y antes?

—Antes sí. Es que los muertos de antes tenían tiempo para todo, en cambio ahora las prisas se llevan hasta más allá de la tumba. Los muertos de ahora son muy descuidados, enseguida se olvidan de lo que dejan atrás.

—Hay de todo, Claudina.

—Si los muertos alternaran más con este mundo otro sería el cantar. Ahí tienes a mi pobre hermana, a punto de ser incinerada «porque ella así lo quiso*»*, según el cantamañanas del marido que le tocó en desgracia. Yo no me lo creo. En nuestra familia los muertos van al camposanto de cuerpo presente, como Dios manda. Y ella no habría querido ser menos.

—Tampoco a mí me parece que Sinda estuviera a favor de esas modernidades. En el mundillo de los espíritus eso no debe estar bien visto. Las cosas como son.

—Quién sabe… El mundo de ultratumba tiene muchos misterios.

—Para las meigas como tú no debe tener tantos.

La tía Claudina aseguraba ser una experta bruja diplomada en el más allá, y como hasta el momento ningún finado se atrevió a atestiguar lo contrario, no había por qué dudarlo. Además, es una gran contadora de historias. Pareciera tener una vida real y otra inventada, o una mezcla de ambas, porque sus relatos siempre la tienen a ella de protagonista.

—Eso es bien cierto, pero aún así hay veces que suceden cosas sorprendentes, como me pasó a mí cuando me enamoré de un fantasma.

—¿Y él de ti?

—También. Hemos pasado momentos inolvidables. Ahora que lo pienso bien, creo que esos fueron los mejores años de mi vida en semejantes asuntos, no sé si me entiendes...

—Te entiendo muy bien, que por ser virgen no quiere decir que sea tonta.

—¿Eres virgen de verdad?

—Como una santa, en cuerpo y alma, no sé si me entiendes…

—Claro que te entiendo, aunque debo decir que no me resulta fácil.

—No me extraña, eres una adúltera y mides a todas con la misma vara.

—¿Lo dices por el fantasma? No mujer, en eso de los cuernos los fantasmas no cuentan.

—Ah, visto así. ¿Y cómo fue que el fantasma y tú…?

—De moza me gustaba ir al monte de noche y bailar desnuda bajo la luna mientras imaginaba que cientos de ojos se prendían de mi cuerpo joven y hermoso. Ojos de vivos y ojos de muertos.

—¿Y no tenías miedo?

—Qué va, sentía de todo menos miedo. ¿No te das cuenta, Loliña? Era feliz, libre como un pájaro. Pero aún lo fui mucho más cuando una noche de brisa suave y estrellas apasionadas, como yo, mis fantasías se hicieron realidad.

—¿Realidad de la buena?

—De pura cepa. De un instante para otro me vi rodeada de cientos de espíritus hermosos y febriles que me cercaban estirando sus manos queriendo tocarme.

—¿Y cómo sabías que eran todos vecinos del más allá y no había algún vivo en el medio?

—Ay, Loliña, cualquiera sabe distinguir un vivo de un fantasma.

—Tanto como cualquiera… Para todo hay que tener práctica.

—En eso tienes razón, y yo he practicado bastante. Bueno, como te estaba contando, aquella hermosa noche bailé para ellos feliz de la vida, horas o minutos, no lo sé, hasta que en un instante, como si hubieran recibido un urgente llamado de ultratumba, desaparecieron tragados por la noche. Todos menos uno.

—Tu fantasma.

—El mismo. Desde aquella noche nuestros encuentros en el monte eran como un estallido de planetas. Aún recuerdo sus brazos suaves y protectores rodeándome, sus besos largos y húmedos con sabor a fruta madura, su piel con olor a rescoldo caído del cielo.

—Ya, Claudina, ya… No cuentes dinero delante de los pobres.

—Así se sucedieron los días y los meses tirándose del calendario como suicidas, envidiosos de tanta pasión. Hasta que me casé y, aunque te cueste creerlo, mi adorable fantasma me siguió a la ciudad y a mi propia cama.

—Se ve que lo tenías contento. ¿Y tu marido?

—Él nunca se enteraba de nada. Además, éramos muy cuidadosos. Pero después de un tiempo todos esos placeres se terminaron de un día para otro. Mi espectro apasionado dejó de visitarme sin darme una explicación. Aún me sigo preguntando el porqué de su silencio y de su abandono.

—A lo mejor le exigías demasiado y terminaste con el último aliento que le quedaba a esa pobre alma en pena.

—En pena quedé yo, Loliña, que a él se lo sentía muy saludable, para qué negarlo.

—De todas maneras, agradece a Dios que te abandonó tu fantasma y no tu marido, que mientras vivió no te hizo faltar de nada.

—Qué sabes tú de la vida de casados, prima. No todo es lo que aparenta.

—Qué suerte la tuya, Claudina. A mí ni muertos ni vivos me tienen en cuenta, ni tan siquiera mi madre, que se quejó de terribles dolores hasta el día de su muerte porque aseguraba que su hija —que vendría a ser yo misma— seguía retenida en el canal de parto negándose a ser parida. Así fui creciendo, como una sombra que se parió a sí misma y que nadie puede ver.

—No exageres, mujer, yo te veo.

—Ves solo mi sombra. Pero te cuento un secreto: tengo una sola habilidad, una sola, pero que me da mucho consuelo. Soy una catadora de venenos.

—¿Qué dices, Loliña?

—Lo que digo es que puedo detectar la maldad concentrada a la distancia, una distancia razonable se entiende. Ahora mismo te digo que en este cuarto sobra maldad y falta decencia, y ya sabes de quien hablo.

—Calla, Lola, calla… que mi hermana aún está de cuerpo presente y no le hubiera gustado escucharte hablar así de quien, para bien o para mal, fue su marido.

—Desde luego que no, Sinda era su tapadera pero lo que no tuvo en cuenta fue que su muerte lo dejaría con el culo al aire. Vamos a ver quién se lo tapa ahora.

La prima Lola tenía razón: dentro de aquella sala con olor a muerte había abundancia de malos sentimientos. Y aunque fuera difícil de tragar, mi padre tenía mucho que ver en eso. Su entrada en el tanatorio fue una escena digna de los Premios Goya. Con los brazos extendidos y al grito de, «¡no me toquen, déjenme solo con mi dolor!», se dirigió directamente al cajón de madera clara bordeado de puntillas blancas, donde estaba mi madre, tan fría y tan distante como de viva. «Ya está, Sinda, ya está», susurró ante sus ojos apretados, su boca cerrada y su cuerpo pequeñito pequeñito, ¿será que la muerte encoje?

Como la tía y Lola seguían mareando el tiempo con sus historias tan entretenidas, aproveché para salir de allí sin pensármelo más, pero se ve que Mora adivinó mis intenciones y me cortó la retirada.

—¿Qué haces? —más que una pregunta era una recriminación. Mi hermana me lanzó una mirada acusadora desde la lejanía fraterna que nos separaba y nos impedía abrazarnos y llorar juntas. Claro que eso hubiera sido toda una rareza porque en mi familia no se llora, como si las lágrimas pudieran contar secretos inconfesables.